



Vol. 12, No. 1, Fall 2014, 376-385

### **Review / Reseña**

Olson, Christa J. *Constitutive Visions, Indigeneity and Commonplaces of National Identity in Republican Ecuador*. Penn State University Press, 2014.

### **Estrategias de inclusión y exclusión del indígena en la imagen ideal de la nación**

**Jorge O. Andrade**

Universidad Regional Amazónica

El libro *Constitutive Visions*, de Christa J. Olson, confirma la noción de que no se debe juzgar un libro por su portada. La primera impresión para el lector puede ser de una franca desilusión. Es difícil conectar las ideas de “visiones constitutivas”, de “indigeneidad” y de “lugares comunes de identidad ecuatoriana” con un cuadro de Joaquín Pinto titulado *Cacería de piojos*, una pintura que deambula en el peligroso límite entre lo denigrante y lo repugnante: una mujer indígena quita y come los piojos de otra mujer también indígena. La imagen como portada, sin embargo, como se lo puede ver más adelante tiene mucho sentido.

En el prefacio de *Constitutive Visions*, Olson parte del análisis de un artículo publicado en 1941, “Alphabet in the Andes”, de Miguel Albornoz, que apunta, en parte, hacia lectores afiliados con el Departamento de Estado norteamericano. Esta publicación plantea

varias problemáticas. En primer lugar, “Alphabet” es un nuevo intento de integrar al indígena en el proyecto de la nación-estado, pero también se constituye en un proceso cargado de un doble prejuicio. Por un lado, para el blanco-mestizo ecuatoriano, encargado de la alfabetización, el analfabetismo del indígena es el enemigo más grande del progreso del país; y, por otro, la participación de la delegación norteamericana que colabora financiera y tecnológicamente en el proyecto, podría ser vista nuevamente como un acto de “paternalismo civilizador” del poderoso del norte que llega a “salvar” a los nativos indefensos del sur.

El proceso de alfabetización de los indígenas parte y termina en dos imágenes que contrastan diametralmente: el indígena analfabeto, pre-moderno, sucio, agobiado por el poncho, con manos y cuerpos deformes se transforma en un indígena alfabetizado, modernizado, de rostro esperanzado, ojos brillantes y que puede expresarse “civilizadamente”. Uno de los estudiantes mejor aprovechados, Rafael Llumiquinga, escribe en un periódico local que “por fin se siente como un hombre”, lo que le permitiría a él y a sus compañeros de estudios, al menos en apariencia, acceder al elusivo espacio de la ciudadanía y a la participación más activa en el futuro de la nación. Como lo demuestra Olson más adelante, esa integración del indígena al proyecto nacional no pasa, ni antes ni después, de lo retórico.

Christa J. Olson no rehúye los posibles dilemas éticos que su propio trabajo crítico plantea, pues el incremento en el campo de investigación de los estudiosos norteamericanos y europeos que se extiende a regiones “remotas”, como el Ecuador, podría ser visto como un paralelo a la presencia paternalista de los representantes norteamericanos en el proyecto de alfabetización que describe Albornoz. Sin embargo, la autora propone estrategias que al ponerlas en práctica, aunque reconocen la hegemonía de la academia estadounidense, no paralizan el avance de la investigación académica. Estas estrategias se podrían resumir en tres aspectos: esa hegemonía está inevitablemente expuesta a prácticas dialécticas que la cuestionan constantemente; toda interpretación extranjera sobre el Ecuador tiene una deuda con estudios ecuatorianos previos; y, por último, los procesos de representación e identificación no son estables, sino que cambian y se transforman continuamente. De todos modos, no puede dejar de mencionarse la manera en que la hegemonía de la crítica

norteamericana crea espacios inaccesibles para el crítico latinoamericano, no solo por el uso de un inglés académico y especializado, sino por la distribución de textos de este tipo que solo excepcionalmente pueden llegar a manos de estudiosos de la región, una problemática que todavía está lejos de ser solucionada.

En la introducción de *Constitutive Visions*, Olson expone su base teórica en una manera extensa, que puede resultar un poco densa para el lector que no ha sido entrenado en este tipo de tradición retórica. Sin embargo, la adecuada presentación del primer *topos*—tópico, motivo o lugar común—, “el rondador”, invita a seguir el análisis con curiosidad e interés. A un nivel mínimo, sin embargo, es necesario comprender que estos *topos* son, de acuerdo a la autora, “lugares de retorno en circunstancias cambiantes que permiten a los oradores—o maestros de la retórica—a hacer declaraciones sobre y desde la nación”<sup>1</sup>.

El rondador sobresale como un *topos* por la manera en que se lo representa históricamente: es una figura romántica, que no amenaza ni presenta peligro alguno, y es a la vez fácil de reproducir y consumir. Su simbolismo como elemento constitutivo de esa evasiva identidad nacional funciona, para Olson, desde dos puntos. En primer lugar, éste ha participado en el tipo de economía y cultura turística que sirve al visitante extranjero como testimonio de su visita al Ecuador y como evidencia de haber “experimentado” lo que significaría “lo nacional ecuatoriano”. En segundo lugar, el rondador, en los siglos XIX y XX también ha contribuido a dar a los ecuatorianos un sentimiento de particularidad identitaria.

Aunque el rondador funciona independientemente como un *topos* en fotos y pinturas, a través de los siglos aparece a menudo acompañado de figuras indígenas masculinas en el acto performativo de hacer música, lo que hace al indígena también un representante de lo nacional, pese a que ha sido históricamente vilificado y excluido de la vida diaria. Esa es una de las paradojas en las que se enfoca *Constitutive Visions* en los siguientes capítulos: esa ficción constituida de documentos legales e ilustrada en varios géneros artísticos que pretende incluir al indígena en la idea de la nación, mientras busca maneras de excluirlo de los derechos y los deberes de la ciudadanía. De su análisis,

---

<sup>1</sup> Todas las traducciones son mías.

Olson concluye que no solo en el Ecuador, sino de manera general, toda identidad nacional, todo nacionalismo, son retóricos.

La autora, en concordancia con otros estudiosos e historiadores de la historia ecuatoriana, identifica los mediados del siglo XIX, con los primeros intentos de integrar a los indígenas en la república, como la primera etapa del desarrollo de los proyectos de construcción de la nación, proyectos que llegan hasta mediados del siglo XX. De allí que el análisis de los topos o lugares comunes en *Constitutive Visions* abarque el periodo entre 1857 a 1945.

El primer capítulo empieza con una crónica y un análisis de la agitada historia constitucional ecuatoriana, que en el 2008 ha aprobado su vigésima constitución, todavía vigente. A este repetido proceso de cambiar y rescribir constituciones, Olson llama *re-constitución*. En el Ecuador, cada nueva constitución ha adoptado una postura en contra de los errores percibidos en las anteriores, y a la vez ha manifestado una urgencia idealista hacia un nuevo futuro nacional. Tantas modificaciones de la carta máxima del estado revelan que la constitución es en sí misma un producto de la retórica.

Para Olson es importante entender el concepto de “Constitución detrás de la constitución” porque explica la manera en que funcionan la Constitución de turno y las colecciones de artefactos visuales, documentos, discursos y performances políticos y la experiencia material de la vida diaria para crear y limitar simultáneamente los espacios de acción cívica de los indígenas. Artistas y artesanos, por ejemplo, plasman imágenes de los indígenas de manera que repiten y legitiman los roles limitados que les quedan disponibles en cada constitución.

Aunque muchas de las constituciones ecuatorianas han incluido a los indígenas idealmente como parte de la nación, casi siempre han hallado maneras de excluirlos de los derechos de la ciudadanía. Facultades propias de la democracia, como el voto y el derecho a elegir y ser elegidos persisten como exclusivas para los hombres de origen europeo, medianamente educados. Pese a que en la mayor parte de la historia republicana del Ecuador, el acceso a la educación es extremadamente limitado, el requisito de saber leer y escribir se mantiene hasta 1979. La zona que separa al “ecuatoriano” del

“ciudadano ecuatoriano” ha sido estratégica y cuidadosamente manipulada a través de la historia republicana.

Olson prueba cómo las imágenes de los indígenas accesibles para la emergente clase media eran importantes “constituciones detrás de las constituciones”. Estas imágenes justificaban la autoridad de los blanco-mestizos sobre los indígenas, al dar pistas visuales sobre la posición de las diferentes clases sociales. Especialmente la pintura costumbrista, con la representación de imágenes denigrantes—y he aquí la justificación para la portada del libro—provee justificación para la normalización de la marginalización de los indígenas de la práctica de la ciudadanía.

En conjunto, este primer capítulo demuestra con claridad cómo las constituciones, y “las constituciones detrás de las constituciones” consiguen mantener a los indígenas en el centro de la nación pero en las periferias de la república. Una práctica retórica que se sigue probando en los capítulos consiguientes.

La tierra como tópico es el centro de atención del segundo capítulo. En la historia republicana del Ecuador, intelectuales, artistas y políticos han proclamado la profunda conexión entre la tierra, la identidad nacional y el patriotismo, pero también han declarado la intrínseca conexión entre tierra e indigeneidad. Sin embargo, los blanco-mestizos ecuatorianos hallan estrategias para entrar a la fuerza a formar parte de la idea de “territorio nacional”, y así justificar el control de la tierra, y la explotación del campesino. Una de estas estrategias es crear en la comunidad nacional la imagen del indígena como un ser rústico, inculto, poco productivo, una imagen que relacionan con una tierra “incultivada”, también poco productiva. De esa manera, el blanco mestizo aparece como el que puede legítimamente traer “cultura” al indígena y “cultivo” a la tierra, a través de la agricultura moderna. Este es un lugar común que persiste desde mediados del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX.

La influencia de los movimientos sociales de la década de los treinta en Ecuador, y sobre todo su flanco cultural, el realismo social en el arte y la literatura, invita a las organizaciones indígenas a refutar esa noción del indígena como “inculto” y la tierra como “incultivada” y proponen que el campesino es quien en realidad cultiva la tierra, y, por

el contrario, el latifundista, blanco-mestizo, es quien mantiene largos espacios de tierra sin producción.

Nuevamente el arte indigenista adopta una posición, si bien todavía paternalista, de abierto apoyo al campesino. Uno de los cuadros de Eduardo Kingman, titulado “Los huachos”, muestra al indígena cultivando la tierra, pero, como lo explica Olson, las figuras indígenas parecen repetir la forma del paisaje, doblados en la forma de montañas, y sus cuerpos, anchos pies y manos, parecen también ser parte de la tierra. Otro de los cuadros, “Defensa de la tierra”, muestra a unos campesinos desafiantes, que parecerían estar listos para participar en las luchas por la reforma agraria. El título de la colección de cuadros de Kingman, *Hombres del Ecuador*, es una declaración sobre la manera en que se conectan, en el caso ecuatoriano, la identidad nacional y el territorio nacional.

El trabajo físico del indígena es el tema de estudio del tercer capítulo. Es un hecho bien conocido para los historiadores nacionales que durante todo su desarrollo, la república del Ecuador ha sido construida sobre los hombros y las espaldas de las comunidades indígenas. Pese a la larga historia de explotación forzada, no es raro que los blanco-mestizos atribuyan a los indígenas la culpa del subdesarrollo y la lentitud del progreso en el Ecuador, lo que hace que a la vez se atribuyan para sí mismos, a su “trabajo”, los avances y la modernización nacional. De esa manera, y con el uso repetido de recursos retóricos, consiguen apropiarse de los frutos del trabajo del indígena y el campesino.

La labor del indígena en buena parte de la historia ha sido adquirida en contra de su voluntad mediante trabajos forzados, conscripciones, mingas, impuestos en dinero o trabajo, diezmos obligatorios para servicio de la iglesia, diferentes formas de esclavitud en las que rara vez los indígenas obtienen algún beneficio para sí mismos o para sus comunidades.

El trabajo forzado, sin embargo, ha sido un espacio de conflicto y disputa desde mediados del siglo XIX. Como lo comprueban documentos oficiales, los indígenas buscaban maneras de evadir esas labores. Pese a su lucha por evitar la explotación física, la labor de los indígenas sigue considerándose como una expectativa normal y hasta apropiada a lo largo de la historia republicana.

Artistas como Eduardo Kingman se convierten, nuevamente, en los expositores de la precaria situación económica y laboral de los indígenas, pero también se encargan de presentar una visión del trabajo campesino y la labor indígena como un lugar común, un topos necesario en los proyectos de construcción de la nación.

El cuarto capítulo del libro propone el análisis de la otredad, o la manera en que el retórico blanco-mestizo imagina al indígena como otro, como un peso muerto al que debe cargar, curar y activar para beneficio de la nación. Textos ecuatorianos predominantemente imaginan a los indígenas como profundamente “otros”: salvajes, violentos, alcoholizados, sucios y atrasados, es decir fundamentalmente externos a la civilización ecuatoriana. Pero estos mismos retóricos que rehúsan identificarse con los indígenas, no dejan de ubicar la importancia central del indígena en la idea de lo nacional, lo que lleva a Olson a concluir que son estas élites políticas, intelectuales y económicas las que se ubican al margen de la nación. Las élites blanco-criollas sitúan a los indígenas dentro de la escena nacional y, a la vez, intentan borrarlos de ella mediante prácticas de exclusión y retóricas de justificación. En todos los casos, los indígenas ocupan el centro del escenario en la nación mientras los blanco-mestizos con sus prácticas retóricas y sus audiencias ocupan un lugar apartado. La conclusión a la que llega Olson, y que parece ser inevitable, es que la nación no es siempre “el yo” ni el otro es siempre “extranjero”.

El análisis del arte en este capítulo se divide en cuatro partes, y la primera es particularmente ilustrativa. Cuatro pinturas anónimas del siglo XIX representan los cuatro puntos centrales en Quito, el Palacio de Gobierno, la Catedral, el Palacio Arzobispal, y la Casa Municipal. Los indígenas en estas cuatro pinturas aparecen hacia el centro y el frente de cada lienzo, ubicados en el medio de la escena. Figuras no indígenas dominan en número, lo que indica que estos cuadros no son sobre temas indígenas, sino que representan la nación, sus edificios icónicos, sus espacios centrales, y su población variada. En todas las expresiones artísticas que se analizan en este capítulo, el indígena sigue como centro de la nación, pero todavía como “otro”, como esa carga pesada que deben soportar las élites económicas, políticas y culturales.

En el quinto y último capítulo del libro, Olson analiza una curiosa carta de 1876. En marzo de ese año, setenta y seis hombres de la

pequeña población de Baños escriben una carta al presidente García Moreno, reclamando por la escasa ayuda ofrecida por el gobierno después de la erupción del volcán Tungurahua. Aunque los autores dejan en claro su condición de blanco-mestizos, usan, sin embargo, estrategias retóricas que los marginalizan y que los hacen verse a sí mismos en una situación semejante a la de los indígenas: una táctica de identificación y apropiación justificada por el valor histórico y simbólico del topos indigenista en la historia republicana.

La idea de que todos los latinoamericanos compartían un legado indígena y europeo y que la herencia indígena era central para diferenciar al continente ganó en las primeras décadas del siglo XX un prestigio de lugar común. En este sentido la posibilidad de lo indígena como un topos apropiable creció exponencialmente, ayudando a crear un “yo” nacional que incluía indigeneidad mientras excluía a los indígenas. Esta apropiación, como se ha observado en otros capítulos, consigue crear la idea de una nación propiamente mestiza, que incluye lo indígena y que excluye al indígena.

Al apropiarse de la indigeneidad, textos como la carta de Baños exigen a los lectores mudar la imagen de la herencia precolombina hacia los mestizos, imaginando la nación como indígena a través de cuerpos mestizos. El cuerpo de lo nacional público puede ser entonces profundamente indígena en naturaleza sin alterar significativamente la hegemonía cultural y política de los blanco mestizos.

En la conclusión de su libro, Olson se plantea la pregunta retórica, “¿De quién es la patria?” A través de su historia, los ricos, los blancos de piel, y los europeizados se han apropiado del Ecuador. Sin embargo, esta pregunta sigue latente en cada ciclo electoral y los grupos sociales y políticos siguen tratando de encontrar una respuesta.

En el 2008, el actual presidente Rafael Correa adopta un slogan simple y populista: “¡La patria ya es de todos!” Como parte de su campaña política presenta un comercial que muestra banderas ecuatorianas, paisajes de todas las regiones del país, variedad de razas, el cóndor, el ave nacional, ciudades, producción y actividades económicas urbanas. Los anuncios televisivos muestran imágenes de indigeneidad que dan legitimidad y bases para la identidad nacional. Ellos dan al espíritu de la nación un cuerpo indígena. La segunda mitad del anuncio incluso ubica a los indígenas dentro de la modernidad



nacional. El Ecuador ya es de todos es lo que Olson llama una “soberanía extendida”.

En marzo del 2012, miles de manifestantes de la Amazonía llegan a Quito en una Marcha Plurinacional para demandar una “Patria para los ecuatorianos”. Es una marcha que busca proteger los recursos naturales. Para los manifestantes, el futuro de la nación recae en el respeto por los derechos culturales, límites en la extracción de recursos, protección para las labores manuales y las economías populares, y mayor autonomía para los pueblos y naciones indígenas. Ellos también se establecen como defensores de la soberanía nacional. La marcha pone al indígena en el centro de la lucha política, como protector de la naturaleza.

La constitución del 2008 es más inclusiva en términos de diversidad racial, de la presencia de los pueblos, incluye los derechos de la naturaleza, y hasta ofrece palabras en quichua como “Pacha mama”. La soberanía en la Constitución vigente es de todos: hombres, mujeres, pueblos, naturaleza y la variedad de culturas que hacen el Ecuador.

La conclusión nos permite ver cómo lugares comunes de indigeneidad siguen dando fuerza a los argumentos sobre la constitución del Ecuador. La resiliencia de los topos de indigeneidad permanecen latentes en el siglo XXI: los cuerpos indígenas conectan la nación a la tierra; los manifestantes indígenas traen la voz de la *naturaleza* a la ciudad. Todos los temas estudiados anteriormente en el libro: nación, tierra, trabajo, otredad siguen presentando patrones comunes a los ya vistos en el siglo XIX y XX.

*Constitutive visions* es un brillante aporte al análisis de los lugares comunes que forman la identidad nacional ecuatoriana, y replantea la importancia de las diferentes prácticas retóricas para entender los proyectos que intentan integrar idealmente al indígena a la nación, a la vez que hallan justificativos para marginalizarlo. Como modelo de estudio, tiene el potencial de promover la investigación de otros tipos de relaciones raciales y de género, que podrían abarcar, por ejemplo, las de la mujer indígena y de las comunidades afroecuatorianas con la nación. Relaciones conflictivas que están fuertemente influenciadas por prácticas retóricas de inclusión y exclusión. Basta ver, para darse cuenta de esta realidad, la tensión racial que provoca la presencia de jugadores en su gran mayoría

afroecuatorianos en la selección nacional de fútbol. En el estrecho espacio que separa la gloria del infierno deportivos, los jugadores pasan de ser héroes nacionales, tras la clasificación al mundial, a conformar una selección de africanos con los que poco o nada se identifica la gran mayoría de los ecuatorianos, después de la penosa eliminación del torneo.